



www.loqueleo.com/co

El amor por las tinieblas

© Del texto: 2009, Francisco Montaña

© De las ilustraciones: 2009, María Paula Bolaños

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

- Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
- Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-46-9

Impreso en Colombia

Impreso por Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Primera edición Colombia: febrero de 2010

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2016

Quinta reimpresión en Loqueleo Colombia: noviembre de 2021

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El amor por las tinieblas

Francisco Montaña Ibáñez



loquelego

A mis hijos, Violeta y Matías Montaña.

*¿Cuáles son los ruidos del despertar matutino
que se mueven en nuestros sueños?*

WALTER BENJAMIN



Tengo catorce años.

Hace seis aprendí a leer.

Soy uno de los pocos niños que lo hace. Es extraño que un niño como yo haya aprendido a leer y escribir, porque no soy noble.

Mi papá tiene una recua de mulas con la que transportamos carga entre Popayán, La Plata y Quito, o donde sea necesario. De él dicen que es indio. Nunca me ha hablado de eso. Pero ahora más que nunca creo que es necesario que me lo aclare.

Para empezar, quiero decir que estoy preso por patriota.

Mi país está en guerra. Me han preguntado muchas veces si sé por qué luchamos los patriotas. Luchamos por la libertad. Eso lo tengo claro.

A mí me trajeron aquí a esta prisión hace ya varios meses. Espero que decidan qué hacer conmigo. Sé que a algunos les permiten servir al rey de España. Eso sería traicionar a la patria y salvar la vida. No sé qué haría yo si me lo proponen.

Por ahora creo que las cosas van bien. Me han permitido escribir. Quieren que haga un relato de lo que conocí. Ya habían intentado preguntarme, pero hablo muy poco y cuando lo hago me enredo. En cambio las palabras escritas salen muy fácil. Por eso me han dado papel y pluma. Tengo que escribir. Y lo primero que se le ocurre recordar a mi memoria es la forma en que aprendí a escribir, siendo yo quien soy.

Desde el miedo templado como la panza de una bestia hasta el agua que me calma

A Don Francisco José lo conocí en un mercado. Yo acompañaba a mi papá. Lo ayudaba cuidando las mulas. Y en uno de esos mercados nos encontramos con él.

13

Ya casi todos los negocios se habían terminado y mi papá me había dejado cuidando a los animales mientras él hacía algo más. Yo me entretenía mirando cómo la mula hacía temblar el pellejo de su panza para espantar las moscas que se le paraban sobre su piel. Me parecía bonito que temblara exactamente en el sitio donde la mosca estaba parada, como si la mula tuviera ojos en cada centímetro de su cuerpo. Yo no podía hacer eso. Me imaginaba una mosca caminando sobre mi barriga y por más que lo

intentaba no conseguía espantarla con el temblor de mi piel.

Y en esas estaba, imaginando moscas que caminaban sobre mi cuerpo, cuando un señor, más bien joven, bajito, con cara de serio se acercó a preguntar por mi papá.

14 Yo le respondí lo que sabía, es decir, que se había ido. El hombre se quedó mirándome un buen rato y yo esperando a que me dijera por fin lo que quisiera y me quitara esa mirada de encima.

A mí siempre me ha costado mirar a la gente a los ojos. Me parece que les molesta mi mirada sobre ellos. Y entonces yo también me siento mal. Pero como él no dejaba de hacerlo, yo me atreví a mirarlo. Levanté mis ojos y los quise poner en los suyos, como preguntándole qué más quería. Al contrario de lo que me pasaba casi siempre, fui yo el que no resistió un solo instante la intensidad de su mirada. Mis ojos solitos, sin que yo les diera ninguna orden, corrieron a refugiarse en las manos del hombre.

